

**La reconfiguración del sujeto en las ciencias sociales hoy. Una necesidad. La
universidad y la formación profesional.**

Carlos Gallegos Elías
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Universidad Nacional Autónoma de México
gallegoselias@yahoo.com.mx

Cualquier fenómeno histórico tiene que ser considerado de tres maneras sucesivas: es un signo, que nos lleva a la constatación y al análisis; es también un resultado que nos permite ver hacia atrás, hacia el origen y hacia adelante.

Pierre Vilar

Quienes trabajamos en el ámbito de las ciencias sociales, en cualquiera de sus campos disciplinarios, tenemos una tarea común: como un binomio inseparable estamos dedicados a investigar para producir conocimiento y transmitirlo. Ocurre así en cualquier espacio del desempeño de un profesional de las ciencias sociales, cualquiera que sea el ámbito de su ocupación laboral, lo que hace es investigar para generar conocimiento y servirse de él para distintos objetivos. Ocurre así, aún fuera de la escuela, de los espacios estrictamente académicos ocupados en docencia e investigación, donde profesores y alumnos trabajamos siempre en algún lugar de la cadena de la producción social del saber científico.

Parece pertinente entonces, recuperar como punto de partida el título de la serie que hemos venido publicando en el marco de nuestras actividades en la Red Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales *¿Cómo investigamos? ¿Cómo enseñamos a investigar?*, que son las preguntas básicas de nuestro quehacer: cómo investigamos, cómo transmitimos y cómo usamos lo que aprendemos.

Desde distintas perspectivas teóricas y metodológicas nos proponemos conocer nuestra realidad, dar cuenta de ella y en este esfuerzo, desarrollamos técnicas y herramientas de investigación que nos han llevado a modos de intervención sociológica, en ocasiones con un altísimo grado de refinamiento que nos permiten un conocimiento cada vez más preciso de lo que ocurren en la realidad del objeto de investigación elegido, del cual podemos dar cuenta a veces de manera muy prolija y detallada.

Sin duda contamos con avances notables en la descripción de un fenómeno, un hecho social o un proceso. Apoyados en herramientas matemáticas y estadísticas somos capaces de describir puntualmente cualquier fenómeno social. Nos servimos de diseños derivados del avance del conocimiento para explicar la vida social y política.

Sin embargo en esta respuesta a cómo investigamos, también nos encontramos que sólo en contados casos buscamos comprender un objeto, explicarlo y plantearnos cómo resolver la pregunta de por qué ocurre lo que ocurre. ¿Por qué creemos lo que creemos?

Somos capaces de acercarnos al objeto para conocerlo, de registrar minuciosamente lo que pasa, pero no nos detenemos frente a responder por qué ocurre lo que ocurre y tampoco nos preguntamos cuáles son los futuros posibles. Creo que la respuesta a por qué esto es así, está más allá de la reflexión cotidiana en nuestras instituciones de educación superior.

Nuestro mundo hoy está atravesado por dos tensiones principales profundamente conectadas donde el avance tecnológico y los cambios que éste genera se traducen en la recomposición a escala mundial en la división internacional del trabajo y al mismo tiempo, del modo de acumulación del capital, sino que se traduce en una constante recomposición política que deriva de la globalización en curso.

Si pensamos desde la larga duración, en muy poco tiempo transitamos del mundo imaginado por Julio Verne, H.G. Wells y George Orwell, de la ciencia ficción en la literatura a una recreación real de esos mundos imaginados, a veces ominosos para el futuro de la humanidad.

Nuestra realidad es una relectura de ciencia ficción contemporánea que está a nuestro alcance. El espacio virtual es ahora nuestro espacio de todos los días, donde transcurre buena parte de la vida de quienes podemos acceder a él. La acelerada robotización de la producción industrial, que en estricto sentido es una suerte de expansión de las capacidades del hombre para producir, ha conducido a un cambio profundo de la naturaleza del conocimiento, que deviene cada vez más en una mercancía, que ha dejado de valer en sí misma por el altísimo valor de cambio que alcanza en el mercado.

Este hecho necesariamente se refleja en las exigencias que la vida económica y social impone a nuestras instituciones superiores de educación, obligadas a una rápida transformación de la naturaleza de su función. Hoy en día, su objetivo central no es la producción del conocimiento sino la producción de las competencias y destrezas que demanda el mercado de trabajo, donde la velocidad de los cambios ha conducido a una obsolescencia muy rápida del conocimiento y de las formaciones profesionales. Lo cual al mismo tiempo lleva a dejar de lado la comprensión de lo que conocemos y la búsqueda de sentido a nuestro futuro.

En los últimos años hemos vivido la acelerada transformación de las ciencias de la computación: en los usos de la impresión en 3D, en el acelerado avance del conocimiento en genómica que ha permitido la utilización de las células madre para generar órganos, en una enorme expansión de la inclusión digital que ha permitido crear la empresa hotelera más importante del mundo sin tener hoteles o la empresa más grande de transporte sin tener transportes. O bien el registro digital en tiempo real que identifica las rutas idóneas para ir a un sitio elegido y sortear los obstáculos en el camino.

Todos estos saberes han llevado a la creación de un nuevo espacio multidisciplinario muy complejo, que conjuga y hace posible la interacción de múltiples campos del conocimiento y la información que se produce en cada uno.

Lo que se conoce como Big Data es en realidad un ámbito que contiene prácticamente todo lo conocido donde confluyen la información generada desde múltiples fuentes que requiere de herramientas cada vez más complejas y poderosas para procesar millones de datos por segundo, lo que en nuestros días se traduce en un insumo

indispensable para la economía financiera, para el comercio electrónico, para regular el tránsito y el tráfico aéreo y marítimo, el tránsito en las metrópolis, la salud, la gestión pública y prácticamente cualquier actividad humana hoy.

Globalización de la inclusión digital que facilita el acceso a cada vez más información que nos lleva al encuentro con el otro eje que debemos tener presente: los efectos sociales y políticos de la naturaleza de ese desarrollo.

Inevitablemente vamos a encontrarnos la otra cara que acompaña a este proceso de notables avances: el crecimiento exponencial de la desigualdad, de la exclusión y de la globalización de la miseria. Los beneficios de estos desarrollos no están concebidos para resolver los problemas de las grandes mayorías, de los excluidos: los nuevos tratamientos médicos y los fármacos de diseño que aprovechan el avance de la biotecnología están reservados para quienes pueden pagarlos, porque la lógica desde la cual se concibe todo el proceso de lo que se ha denominado cuarta revolución industrial es la búsqueda de ganancias. Más allá de responder a los grandes retos sociales, los intereses que se imponen son los del empresario que busca el beneficio.

Este avance exponencial que nos permite mejorar cualitativamente nuestro desarrollo y acelerar todos los procesos productivos y de gestión pública y privada tiene el potencial de llevarnos a la posibilidad de erradicar la desigualdad y hacer converger los nuevos sistemas y aprovechar sus beneficios para todos.

De acuerdo con lo que piensan algunos de los especialistas más calificados, “no se trata de desarrollos aislados que se aplican, sino del encuentro de esos desarrollos, donde los nuevos sistemas combinan infraestructura física, software, nanotecnología, sensores, tecnología digital y telecomunicaciones”, que han dado lugar al desarrollo de productos no tangibles cuyo valor de intercambio es el más alto, por ejemplo el comercio o los servicios financieros.

Hasta aquí de manera muy sucinta, hemos recordado uno de los ejes de la articulación actual de la sociedad contemporánea, que tiene su contraparte en el impacto social y político de este acelerado proceso de transformación científica y tecnológica. Tenemos que preguntarnos por su efecto por una sociedad lastrada por una enorme

desigualdad, no solo en el ámbito social sino en su estructura productiva donde junto a enclaves altamente tecnificados, que ha desplazado prácticamente la acción de los trabajadores, coexisten una oferta laboral masiva marcada por la baja productividad y casi nula competitividad.

Todo esto en un marco donde es imperativo plantearnos cómo aprovechar los avances del conocimiento y traducirlo en la posibilidad de mejores condiciones para la calidad de vida de todos los mexicanos.

Así que estamos frente a la posibilidad de múltiples escenarios, abiertos a un desarrollo económico exponencial que al mismo tiempo nos conducen al riesgo de profundizar la desigualdad y la exclusión, que inevitablemente dejarán fuera a la mayor parte de la población.

La casi infinita gama de posibilidades de la inclusión digital puede ser la puerta para el desarrollo de mejores condiciones de vida para todos, pero si la estructura social permanece como está, si seguimos tal como vamos, en un país donde la vigencia del Estado de derecho es una ilusión, la puerta para profundizar la exclusión de los excluidos está abierta; donde millones de vidas y futuros ya han sido destruidos desde ahora y para siempre y ninguna política social de carácter remedial, como las que se aplican en nuestros países, pueden revertir el proceso.

Tenemos que intentar explicarnos dónde estamos como sociedad y dónde como campo disciplinario, así que me gustaría proponer un acercamiento de respuesta a la pregunta sobre los rasgos más generales de nuestra historia reciente y preguntarnos hacia dónde vamos. Un orden de cuestiones que nos llevará directamente al nudo problemático de lo que hacemos hoy en ciencias sociales.

En el orden social, vivimos un momento de enorme complejidad atravesado por múltiples interrogantes sobre cuestiones no resueltas, salvo un punto en el que me parece que todos estaríamos de acuerdo: hemos empezado a vivir... y a padecer un prolongado declive del desarrollo del capitalismo, donde las formas de articulación social, económica y política hasta hoy conocidas, viven una suerte de crisis de tan larga duración que parece instalada de manera permanente. Su historia es una sensación de tensiones y conflictos en

todos los ámbitos de tal magnitud que sus consecuencias nos han tocado a todos y en todos los países y desde luego, a la educación universitaria donde querer forjarnos en ella, tenemos que preguntarnos para qué y cómo formamos.

La promesa de la modernidad y del progreso, las utopías del liberalismo y del socialismo devinieron en realidades muy lejanas del futuro prometido. Los paradigmas que las sostuvieron no nos advirtieron que también podríamos fracasar en el camino, para encontrarnos como hoy, en un punto en que no sabemos como sociedad ni como institución qué hacer frente a una realidad con múltiples problemas que no han sido resueltos.

Circunstancia que es materia de múltiples reflexiones y ha sido expuesta recurrentemente en la literatura sociológica contemporánea, a pesar de lo cual seguimos empantanados sin una comprensión detallada del fenómeno, registrada en estadísticas muy prolijas pero sin ninguna respuesta que nos permita delinear el camino para un futuro incluyente. Seguimos inmersos en una realidad lastrada por la exclusión y la desigualdad social, incapaces de generar una transformación, de imaginar nuevas opciones para construir un futuro distinto.

Un buen ejemplo de esta incapacidad es que la propuesta para salir de esta crisis sistémica es volver a aplicar una y otra vez las mismas recetas de la ortodoxia neoliberal que nos imponen las instituciones financieras globales para solucionar los problemas, generados precisamente por la ortodoxia de su aplicación.

Se propone el mismo orden de soluciones para las crisis que ocurren en la Unión Europea o en América Latina, donde la regla es idéntica: aplicar la ortodoxia canónica neoliberal para salir de una crisis ya instalada y prácticamente institucionalizada.

Uno tras otro de los grandes proyectos políticos que se proponían enfrentar y superar la desigualdad y construir la democracia social terminaron en fracasos. Los centros del poder político y económico donde se asientan el poder hegemónico han dado la misma respuesta para Grecia o España o Italia que para Brasil, Argentina o México: profundizar en la austeridad, reducir al mínimo la acción pública en el ámbito de las políticas de bienestar, recortar pensiones, suprimir y privatizar servicios de salud y educación e incrementar exponencialmente la deuda pública, porque lo importante es salvar al sistema financiero.

Rescate que se nos impone a costa del empobrecimiento de las mayorías y del recrudescimiento del autoritarismo y de la recurrencia cada vez más frecuente a la violencia institucional y la criminalización de los excluidos. Un modelo donde cada uno de nosotros cada día debe más y donde todos los días disminuye nuestra capacidad adquisitiva, porque la prioridad es rescatar a quienes originaron este desastre.

En realidad, la deuda pública que crece geométricamente, se traduce en una mayor acumulación privada, porque los fondos proporcionados por la banca internacional se transfieren directamente a sus filiales nacionales, así que en la realidad se traduce en la socialización de las pérdidas y en la naturalización del empobrecimiento.

Argentina de hoy o México somos un muy buen ejemplo de cómo las recetas neoliberales se tradujeron en una erosión mayúscula de la capacidad soberana de los Estados nacionales, que han cedido sus decisiones a los organismos supranacionales cuyo objetivo es perseverar en la austeridad para garantizar la estabilidad macroeconómica y siempre prometernos, una y otra vez que en algún momento retomaremos la senda del crecimiento, mientras que la vida cotidiana sigue ahí: cada vez mayor desigualdad y pobreza; una concentración acelerada de la riqueza en cada vez menos manos que se traduce en una violencia sistémica que ahora también se manifiesta en el interior de los países más desarrollados.

Se configura así un problema que debemos tener siempre presente: una situación así es el escenario ideal para la irrupción de un nuevo e importante jugador en el campo que parece haber llegado para quedarse: la delincuencia organizada que se ocupa, ya no sólo del tráfico de drogas, sino de la trata de personas, secuestro, extorsión, tráfico de armas acompañados de una estela de violencia incontrolable que poco a poco nos conduce a nuevas formas de articulación del poder económico y político real, porque sustrae de la acción del Estado buena parte de sus potestades y establece su control en los territorios que requiere para el trasiego de actividades ilícitas. Es difícil que las autoridades de cualquier país del mundo lo admitan, pero lo cierto es que estamos frente a nuevas formas de organización política y de organización territorial que todavía no sabemos nombrar, pero ante las cuales lo peor que podemos hacer es ignorarlas.

Nuestro país es un buen ejemplo de ese proceso pero no ocurre sólo aquí y hoy afecta también sobre todo a Colombia y Argentina.

Ante un escenario como este donde no sabemos cómo llegamos a este punto de descomposición del tejido social y político, no sabemos qué hacer. Las respuestas para enfrentar estos retos han fracasado una y otra vez; institucionalmente no hemos podido imaginar otra solución que profundizar la violencia de la represión y ni siquiera nos planteamos pensar nuevas opciones para responder al desgaste inútil de la acción pública.

El mundo que aprendimos a explicar simplemente ya no existe; el país que conocimos ha devenido en algo irreconocible. Seguimos con la retórica de pensarnos como países democráticos y demandamos del otro el pleno respeto a los derechos humanos y al Estado de derecho sin reparar en las enormes desigualdades económicas, sociales y políticas que agudizan cada vez más la exclusión y la práctica ausencia del estado de Derecho en amplias zonas de nuestro territorio. Respondemos cada vez más con más violencia institucional a las necesidades del pobre y del migrante y peor aún si es mujer, joven o indígena. La respuesta pública más frecuente es la represión, en la plaza pública o que se traduce en el mejor de los casos en la deportación y lamentablemente cada vez en mayor número en la muerte de los migrantes, en los feminicidios y en la criminalización de los jóvenes.

No hemos sido capaces de entender lo que emerge frente a nosotros: un proceso de descomposición social donde la desigualdad y la violencia se acrecientan cada día y tampoco de interrogarnos para imaginar qué hacer para comprender y explicar este proceso de degradación. En nuestras universidades, por lo menos en la gran mayoría de ellas, continuamos nuestro trabajo como si esa realidad no existiera porque ocurre fuera de ese nicho protegido donde trabajamos; donde vivimos concentrados en atender la tarea que nos han asignado como prioritaria, producir y reproducir la fuerza de trabajo.

Donde nos toca ocuparnos en la formación en competencias, saberes y destrezas para asegurar la buena marcha de los procesos productivos, producir *capital humano*. En buena medida, sin conciencia de lo que hacemos, actuamos como una parte de la cadena

productiva dedicada a producir mercancía sujeta a criterios de rentabilidad: el *capital humano* tiene que ser cada vez más competitivo para generar mayores ganancias.

En toda Latinoamérica los organismos supranacionales de carácter financiero nos han impuesto reformular nuestros planes de estudio con criterios que tienden a privilegiar la competitividad y la formación profesional en la lógica de la acumulación del capital. En una altísima medida, hay que reiterarlo nuestra tarea principal es formar *capital humano* y generar *emprendedores*, así que tenemos que empezar a preguntarnos por el valor de lo que hacemos y a interrogarnos si solamente somos la última parte de la cadena de una forma de expresión dominante de articulación social, cuyo efecto real es construir una forma de dirección cultural para imponer la hegemonía del capital.

Tenemos que empezar a cuestionarnos si otra Universidad es posible. Empezar a preguntarnos si nuestra tarea fundamental es servir al aparato productivo para que los profesionales egresados de nuestras aulas salgan altamente calificados para garantizar su competitividad, mejorar su productividad y su flexibilidad laboral. Este es el sujeto imaginado identificable en un proyecto semejante: más y mejores competencias, más y mejores saberes y destrezas, más eficiencia y eficacia para el desempeño laboral, más rapidez para procesar la información, más utilidad para el cambio que nos imponen los avances tecnológicos.

Pareciera ser que el único propósito subyacente de las reformas a los planes de estudio actualmente en curso, busca construir las disposiciones para apoyar el desarrollo del aparato productivo. Los organismos supranacionales que ahora dirigen la educación: el Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) en la práctica han sustituido las labores de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y hay que reiterarlo, nos han asignado un lugar en la división internacional del trabajo y ciertas tareas a cumplir en la localización internacional de la producción y cumplir de manera políticamente correcta nuestro papel de *economías emergentes*.

De acuerdo con esa tarea asignada, en las instituciones educativas nos debemos ocupar de entrenar y calificar a los profesionales para cumplir las tareas que nos tocan en la

globalización y en la sociedad de la información, para apoyar al desarrollo y la acumulación del capital.

Esta visión se traduce en convertir a las universidades en empresas sujetas a criterios de rentabilidad, sujetas a generar rendimientos y ganancias que le permitan la venta de la mercancía que produce: los servicios educativos, la investigación y el *capital humano*.

La universidad debe reconvertirse en una inversión estratégica con una gran flexibilidad productiva y altamente competitiva para concurrir con éxito a un mercado que responda oportunamente a la obsolescencia programada y a los avances técnicos. Sus servicios serán mejor valorados y cotizados cuanto mejor y más oportunamente responda a las cambiantes necesidades del aparato productivo.

Así las reformas a la educación, la modernización y actualización de los planes de estudios, hoy en proceso en prácticamente todas las instituciones de educación en América Latina siguen un mismo patrón de transformación, marcado por la exigencia de un paradigma que privilegia el pragmatismo, la eficiencia y la eficacia en el desempeño laboral del individuo y donde el aprendizaje se concentra, como hemos dicho, en desarrollar disposiciones para responder a los usuarios del servicio, consumidores finales de la mercancía producida por la educación superior. La oferta y la demanda que se produce en el mercado define el perfil de lo que se requiere y dónde y cómo invertir en la educación superior. El desempeño profesional del *capital humano* es sólo un insumo más del proceso de acumulación del capital.

Las reformas a los planes de estudio en realidad están definidas por una visión subyacente, que ni siquiera necesita ser enunciada ni se discute porque se naturaliza el sometimiento de la universidad al paradigma de la sociedad de la información y a la pérdida del sujeto como centro de nuestras preocupaciones y de nuestro quehacer académico.

Insistiremos una y otra vez, en que este modelo instrumental e individualista carente de todo sentido de responsabilidad social puede y debe ser superado, por eso es necesario develar su verdadero carácter: es la tarea que nos ha sido asignada en la estrategia

contemporánea de acumulación y concentración del capital, aunque lleve el nombre de sociedad del conocimiento.

Una visión de la tarea de la educación superior, que muchos de entre nosotros han internalizado y asumido como propia, que han aceptado sin discusión ni cuestionamientos, que han asumido como expresión de una posmodernidad necesaria. En esta asunción acrítica radica la fuerza de la dominación. Esta posmodernidad es un efecto naturalizado de que llegamos al fin de la historia, porque se extinguieron las promesas de otro futuro posible.

Las utopías fueron derrotadas una tras otra: la República Española, la Primavera de Praga, la Caída de la Unidad Popular, la Comuna de Shanghái, el derrumbe de la utopía socialista, la Primavera Árabe; que dejaron su lugar al autoritarismo y a la globalización de la miseria, junto a una todavía mayor concentración de la riqueza y a las decisiones que quedaron en manos del 1% de la población del mundo.

En las ciencias sociales este fracaso nos llevó –y no es ocioso reiterarlo- a la pérdida de una visión humanista como eje rector de nuestras reflexiones y a privilegiar el objeto como centro de nuestras indagaciones y por tanto, al saber hacer, al manejo de un conocimiento reconocible a partir de indicadores ya establecidos, a través de códigos despojados de toda riqueza conceptual y así la metodología de la investigación científica en ciencias sociales ha devenido en algo apenas reconocible porque se ha subsumido y entendido como meras técnicas de investigación, donde por ejemplo el análisis coyuntural se enseña como análisis del presente, como una discusión sobre la actualidad, o bien donde la prospectiva deja de pensar en cómo construir el futuro y deviene en un extraño ejercicio de futurología.

Un saber hacer en ocasiones muy elaborado capaz de registrar minuciosamente un fenómeno o un proceso que en el mejor de los casos puede llevarnos a elaborar proyectos muy bien contruidos de acuerdo con el canon establecido pero imposibles de aplicar.

Ocurre así porque uno de los efectos inesperados de la pérdida de la utopía, de la ausencia de horizontes de futuro nos llevó al abandono de la tarea de pensar, de la tarea

imprescindible de cuestionar nuestras propias certezas para buscar comprender y explicar qué pasa y qué nos pasa.

Llegamos al extremo que un reconocido sociólogo se permite disertar sobre cómo y para qué seguir adelante si hemos llegado ya al fin de la historia.

Este es el telón de fondo en que se han producido una gran cantidad de elaboraciones teóricas –subrayo otra vez, y hay que reconocerlo- con un altísimo grado de refinamiento sobre cómo acercarnos a los fenómenos emergentes que ha traído la posmodernidad. Herramientas que bien miradas difícilmente nos permiten ir más allá de un acercamiento meramente morfológico al objeto de investigación.

Todo lo cual nos lleva a preguntarnos por la pertinencia de lo que hacemos en ciencias sociales, no sólo en nuestro país sino también en buena parte de las universidades de América Latina. Preguntarnos sobre la pertinencia de enseñar con un modelo disciplinar que divide compartimentos estancos lo que está unido en la realidad, cuya lógica descansa en el saber hacer desde distintas ópticas sin asumir que nuestra tarea es buscar, comprender y explicar los dinamismos que están detrás de las nuevas realidades sociales, económicas y políticas y culturales del mundo contemporáneo.

Hay que preguntarnos si el deslumbramiento que nos producen las enormes posibilidades que ahora están a nuestro alcance, la llamada cuarta revolución industrial, nos han llevado a volcar nuestra atención en desarrollar al máximo las potencialidades de las nuevas herramientas y a olvidarnos que todo este desarrollo científico y tecnológico es posible gracias al conocimiento acumulado y a la investigación que han realizado y realizan sujetos concretos, la mayor parte de ellos investigadores y profesores universitarios, que desarrollan su labor en libertad, mayoritariamente en el ámbito de las instituciones de educación superior.

Sujetos concretos que construyeron y construyen un acervo de conocimiento que ha hecho posible este avance de la humanidad, quienes a partir de lo conocido asumen el reto de pensar e imaginar las potencialidades de lo sabido.

El deslumbramiento que nos producen los prodigiosos avances tecnológicos y científicos, combinado con la pérdida del horizonte del futuro nos llevó al olvido de la historia y del sujeto, que dejó de estar en el centro de nuestra tarea. Sin embargo en medio de esta marea que parece arrasarlo todo, en todos los países, emergen nuevas formas de resistencia que reclaman un futuro distinto.

El regreso del sujeto que entendemos como la capacidad de transformar lo dado en futuro que reclama saber ser y no sólo saber hacer, saber pensar, saber construir, y es ahí donde están los *dinamismos constituyentes* de los que hablaba Zemelman. Reconocimiento de la condición de *estar determinados y de al mismo tiempo, determinar*.

Tenemos que reposicionar el centro de nuestras preocupaciones y nuestros objetivos en nuestra tarea fundamental: construir al sujeto. Donde al mismo tiempo que se aprende una visión humanista crítica y propositiva, se aprende a saber hacer y a dominar las nuevas herramientas tecnológicas.

Diseñemos un modo de intervención social donde al tiempo que aprendemos a pensar con rigor aprendemos a ser críticos y reflexivos, a escuchar y a dialogar, a saber y a investigar, a saber hacer y a alcanzar las más altas y competitivas calificaciones para el desarrollo laboral.

Enfrentemos la degradación curricular que hoy vivimos y partamos del riquísimo legado filosófico y ético que hemos heredado. Integremos nuestra historia con nuestra necesidad de futuro. Aprendamos con nuestros clásicos (González Casanova, 2013; Morin, 2000; Santos, 2005) a usar nuestras herramientas de trabajo para integrar los distintos modos de pensar y hacer contemporáneos y lograr así, desde un pensamiento crítico, construir una ciudadanía responsable con nuestra historia, con nuestro planeta y con nuestro futuro.

Luchemos por un currículum que deje atrás la dispersión disciplinaria, que nos permita aprender y aprehender una visión comprensiva del conocimiento científico y técnico, junto a uno histórico-político y a dominar los instrumentos teóricos, epistemológicos y metodológicos de una política democrática incluyente, a través de la cual

recuperemos, desde una visión humanista, la posibilidad de regresar al sujeto como centro de nuestras preocupaciones.

Bibliografía

ALCOCER, S. (Abril de 2017). En los albores de la hiperconexión. *Nexos* (472), 29-30.

FORRESTER, V. (1997). *El horror económico*. México: Fondo de Cultura Económica.

GONZÁLEZ Casanova, P. (2013). *La universidad necesaria en el siglo XXI*. México: Siglo XXI.

HARARI, Y. (2016). *Homo Deus: Breve historia del mañana*. España: Debate.

MORIN, E. (2000). *Les sept savoirs nécessaires à l'éducation du futur*. Francia: UNESCO.

SANTOS, B. d. (2005). *La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipadora de la universidad*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.